

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2017.

Sublimación y perversión.

Otero, Tomas.

Cita:

Otero, Tomas (2017). *Sublimación y perversión. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/960>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/1bc>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SUBLIMACIÓN Y PERVERSIÓN

Otero, Tomas

Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

La perversión suele mostrar una destacada aptitud para la vía sublimatoria en detrimento de la formación de síntomas como vía de satisfacción sustitutiva, de manera que se constituye como un punto de referencia esencial para indagar el campo clínico de la sublimación. En el presente trabajo realizaremos una revisión de la noción de sublimación en psicoanálisis haciendo hincapié en qué puede enseñarnos la perversión para pensar el campo sublimatorio e interrogaremos a la luz del Seminario 7 de Jacques Lacan el valor sublimatorio de la obra del Marqués de Sade.

Palabras clave

Sublimación, Perversión, Sade, Lacan

ABSTRACT

SUBLIMATION AND PERVERSION

Perversion usually shows an outstanding suitability for the sublimatory way in detriment of the formation of symptoms as a way of substitutive satisfaction, that is why it is constituted as an essential reference to research the clinical field of sublimation. In this work we will make a revision of the notion of sublimation in psychoanalysis, emphasizing in what perversion can teach us to think the sublimatory field. In reference to Seminar 7 of Jacques Lacan we will question the sublimatory value of the work of Marquis de Sade.

Key words

Sublimation, Perversion, Sade, Lacan

La sublimación como lugar común

No hay en Freud una teoría acabada de la sublimación, sus descripciones son fragmentarias y parciales, se sabe que destruyó todo un ensayo dedicado a este tema en la época de la metapsicología y que permaneció con un alto grado de opacidad incluso para él.

En el segundo ensayo dedicado a la sexualidad infantil de sus “Tres ensayos...” de 1905, Freud define la sublimación como “desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas” que se orientan ahora entonces hacia nuevas metas no sexuales que pueden prestar importantes potencias para los logros de la cultura (Cf. Freud 1905, 161). La sublimación concierne entonces a la desviación o al cambio de meta (*Ziel*), uno de los cuatro componentes del montaje pulsional. La meta, nos dice Freud allí, se trata en todos los casos de la satisfacción de la pulsión, aunque los caminos para lograr esta satisfacción puedan ser de lo más diversos, dando cuenta así de la plasticidad que posee la vida pulsional. La curva de la satisfacción pulsional implica un circuito que puede satisfacerse muy lejos de donde partió. Desde 1915 la sublimación es para Freud uno de los destinos o avatares posibles de la pulsión, que logra un circuito de satisfacción, sin que medie la represión, aunque esto no quiere decir

que sea una satisfacción directa sin mediación alguna. Al igual que el síntoma que es un modo de satisfacción desfigurado por otro de los avatares de la pulsión que es la represión, en la sublimación también suele ser irreconocible la fuente pulsional de donde nació. Inclusive, cabe subrayar, como va a decir sobre el final de la “Conferencia 23”, que la satisfacción en juego es irreconocible de su fuente pulsional primaria. Es decir, que medie la represión o no, tanto el síntoma como la sublimación, nacen de una fuente pulsional prohibida y sus manifestaciones suelen ser harto trastocadas.

En “Introducción del narcisismo” (1914) vuelve sobre el tema de la sublimación para indagar las relaciones que mantiene la formación del Ideal del yo como sustituto del narcisismo perdido con la sublimación. La sublimación, nos va a decir, es un proceso que atañe a la libido de objeto y que consiste en que la pulsión se orienta hacia una meta de índole desexualizada sin que opere el mecanismo de la represión. En la segunda tópica Freud va a ubicar al yo en una función de mediador en el proceso de sublimación que traspone la libido de objeto en libido narcisista para luego reorientarla a una meta desexualizada. Es decir que se produce un cambio de objeto, de un objeto sexual a un objeto no sexual; mientras que la idealización es un proceso que concierne al objeto que es engrandecido y enaltecido psíquicamente, que se caracteriza por elevar las exigencias del yo y es, en efecto, un fuerte favorecedor de la represión. Por lo que Freud concluye en 1914 que, puesto que la sublimación es algo que sucede con la pulsión y la idealización es algo que atañe estrictamente al objeto, por más que la idealización reclame cierto grado de sublimación, es necesario distinguirlas conceptualmente. Freud concluye su “Conferencia 23” con un sórdido examen de la sublimación evocando la figura del artista genuino que, a diferencia del neurótico sintomatizado, en virtud de su recurso a la sublimación se las ingenia para elaborar sus aspiraciones más profundas y prohibidas, obtener de la plasmación material de sus fantasías una enorme ganancia de placer a costas de doblegar las represiones, y enlazarse con el inconsciente de otros para que puedan gozar de ellas también, sin que resulte tampoco chocante para los extraños. “Y si puede obtener todo eso, posibilita que los otros extraigan a su vez consuelo y alivio de las fuentes de placer de su propio inconsciente, que se les había hecho inaccesibles; así obtiene su agradecimiento y admiración, y entonces alcanza por su fantasía lo que antes lograba sólo en ella: honor, poder, y el amor de las mujeres (Freud 1917 [1916-17], 343). Esta versión ingenua de la sublimación, libre de conflictos, pasaporte a los cánones sociales de la felicidad y al amor de los otros, es la que va a poner seriamente en cuestión Lacan cuando aborde el problema de la sublimación.

Elogio de la perversión

En la última clase del *Seminario 6* titulada por Miller “Hacia la sublimación” Lacan hace un verdadero elogio de la perversión, como

aquello que resiste a la normalización social y cultural del deseo, donde la sublimación, sin dejar de pasar por el circuito al Otro, no sucumbe a las identificaciones normalizantes que garantizan el *statu quo* y las formas socialmente aceptadas de tratamiento y domesticación del deseo. Lacan contrapone a las formas socialmente adecuadas de la actividad cultural, la perversión, en la medida en que representa la protesta contra las normalizaciones del deseo que fuerza la cultura: “Aquí –en un punto tan paradójico como la perversión, entendida en su forma más general como lo que, en el ser humano, resiste toda normalización– podemos ver producirse ese discurso, esa aparente elaboración sin contenido que denominamos sublimación y que, tanto en su naturaleza como en sus productos, se distingue de la valoración social que ulteriormente se le dará” (Lacan 1958-59, 536).

El ejemplo que inmediatamente nos ofrece Lacan es el de André Gide, premio Nobel de literatura en 1947 y famoso pederasta, cuya obra con un enorme tinte autobiográfico es, en buena parte, una defensa a ultranza de la homosexualidad, en una época donde todavía era prescripta a un manual de salud mental. “La sublimación, –sostiene Lacan– como escribí en algún lugar, es lo que permite que el deseo y la letra equivalgan” (Ibíd., 536) haciendo alusión a su “Juventud de Gide o la letra y el deseo”.

La sublimación en el campo de la ética

El comentario de Lacan sobre la sublimación está orientado por un problema ético que atraviesa todo el *Seminario 7*, el objeto del Bien Supremo se pierde por ser ciudadanos del lenguaje y se pierde en efecto el instinto y su objeto natural, dejando como saldo la vida pulsional. De lo que decanta que no es patrimonio de la sublimación la desviación de la meta para su satisfacción, ni el cambio de objeto, puesto que desde que se pierde el objeto del instinto ya no habrá otra satisfacción que no sea desviada de su meta natural, o dicho de otro modo, si no hay satisfacción original, toda satisfacción pulsional será parcial y sustitutiva. Desde que se introduce la noción de goce como satisfacción de la pulsión (Cf. Lacan 1959-60, 253) resulta estéril hablar de una meta desexualizada, porque cualquier meta pulsional va a implicar un modo de gozar. Por esto para Lacan va a ser central para explorar la sublimación, partir de ese agujero irreductible que dejó la pérdida del objeto. En este sentido, les adelanto, la operación sublimatoria va a transformar ese agujero irreductible en un vacío. El vacío es determinante en cualquier forma de sublimación, es su resorte y su condición.

La definición más general que Lacan nos arroja en pleno seminario de *La ética* respecto de la sublimación dicta elevar un objeto a la dignidad de la Cosa (Lacan 1959-60, 138-39). Aunque siguiendo los desarrollos freudianos esta definición no se confunde y menos aún se agota en la exaltación y elevación del objeto que responde a la función del Ideal, veremos que el acento de Lacan tampoco está puesto tanto en el objeto como en lo que se hace alrededor de él.

Las primeras fórmulas freudianas de la sublimación atisbaban que la sublimación prestaba poderosos componentes para forjar los logros de la cultura. Fórmulas que no son desdeñadas por Lacan, aunque agrega que el mecanismo de la sublimación no debe buscarse simplemente en las sanciones que la sociedad les aporta, una obra de arte puede ser objeto de una masturbación colectiva

sin que haya ahí el menor atisbo de lazo social. El comentario lacaniano de la sublimación no pone el acento en la valoración cultural como en dar soporte a la función del deseo: mantener cierta distancia a la presentificación de la Cosa en cuanto tal, a través de diseñar un circuito alrededor de ese vacío por donde se sublima la satisfacción pulsional.

A diferencia de la religión que consiste en todos los modos de evitar el vacío y la ciencia que lo forcluye (Cf. Lacan 1959-60, 160-62), la sublimación se trata de un modo de tratamiento y organización alrededor de ese vacío, un modo de contornearlo, de dominio sobre el vacío, como el alfarero modela la vasija. El vacío ya estaba allí pero la sublimación lo crea.

El amor cortés y la obra de Sade

Lacan, a la altura de su *Seminario 7*, hace del amor cortés el paradigma de la sublimación. El amor cortés fue un estilo de vida, una ética, la emergencia de una ideología sin precedentes, tal como lo afirma Lacan, la idealización del amor cortés fue el principio de una moral, de toda una serie de comportamientos, de lealtades, de medidas, de servicios, de ejemplaridad en la conducta, que constituyó una verdadera erótica (Cf. Lacan 1959-60, 178).

El amor cortés que se inaugura en los siglos XII y XIII produce una total subversión de la figura de la mujer en la sociedad cristiana, al asignarle un lugar y una sobrevaloración sin precedentes. Lacan distingue a lo largo de todo su *Seminario 7* la sublimación de la pulsión de la sublimación del objeto, que equivale en términos freudianos a su idealización. Aunque en la sublimación de la pulsión va a estar en juego esa sublimación del objeto, sigue el gesto freudiano de distinguirlas. En efecto, se trata de la invención de un objeto, la Dama, en una función especial de valoración colectiva.

El amor cortés es la más acabada exaltación del amor desgraciado, toda la poesía de los trovadores no puede sino resumirse a un único y mismo tema, un amor que lejos de estar colmado, persiste perpetuamente insatisfecho. No hay más que dos personajes, el poeta que a través de mil formas retóricas repite su lamento y una bella Dama, a la que se le dirige la lírica, que siempre dice “¡No!”. Se trata de una relación de vasallaje instituida entre el caballero y su Dama. Lleva por regla que jamás se convierta en realidad lo que es en el amor, la pasión: cuando no hay un obstáculo se lo inventan, puesto que se ama no la presencia sino la ausencia. El amor feliz no tiene historia, escribe Denis de Rougemont en su famoso *El amor y occidente* (1938), y lo que encadena a los amantes a ese tormento delicioso, dice el autor, corresponde a un poder extraño que va más allá de sus deseos consientes y de su ser tal como lo conocen (Cf. Rougemont 1938, 41) confinando de este modo en el desgarramiento y el sufrimiento. Se trata de amar más al amor que al objeto de amor, amar a la pasión por sí misma, “amor-pasión: deseo de lo que nos hiere y nos aniquila en su triunfo” (Ibíd., 52).

Que haya sublimación para nada quiere decir que la proeza sea sublime, pues los trovadores corteseros encontraban su goce en la ruina de todo goce, la sublimación, en este sentido, no conduce a lo sublime sino a lo abyecto. No faltan según Lacan las poesías que lejos de lo sublime rayaban lo escatológico. Y el cambio de objeto, rectifica Lacan, tampoco hace desaparecer al objeto sexual: “el juego sexual más crudo puede ser el objeto de una poesía, sin que se

pierda sin embargo su mira sublimante” (Ibíd.).

En el amor cortés el objeto femenino está vaciado de toda sustancia real, se presenta con caracteres despersonalizados, por lo que, tal como lo resaltan varios autores, las trovas se dirigían todas a la misma persona, fabricando así un partenaire inhumano. Nos brinda la forma más depurada y ejemplar de la definición que Lacan pronuncia de la sublimación, en la medida en que se trata de elevar a la Dama a la dignidad de la Cosa, o dicho de otra manera, se le da a la Dama el valor de representación de la Cosa. Ahora bien, esta Cosa, dice Lacan, estará siempre representada por un vacío, en la medida en que no puede ser representada por otra cosa, y el vacío en toda forma de sublimación, como dije antes, será siempre determinante. (Cf. Lacan 1959-60, 160).

La Dama, “se introduce por la muy singular puerta de la privación, de la inaccesibilidad (...) No hay posibilidad de cantar a la Dama, en su posición poética, sin el presupuesto de una barrera que la rodea y la aísla” (Ibíd., 183), se vuelve así inaccesible y se organiza alrededor de esta inaccesibilidad toda la proeza a la que se consagran los poetas trovadores, toda la hazaña por la que se desviven contornea este objeto de privación que delimita el vacío. Aunque la epopeya confine en el campo del displacer, del lamento, de la tensión que Freud examinó en sus “Tres ensayos...” a nivel del *Vorlust*, del *amor interruptus*, preserva la función vital del placer de desear.

Desde esta perspectiva, el amor cortés coincide con la obra de Sade en el punto en que confina en el desgarramiento, el sufrimiento, el triunfo sostenido de un deseo de lo que hiere y aniquila; y en el lugar de la Dama, la belleza inalterable e indestructible de la tropa sin fin de las heroínas de Sade, las hermanas Justine y Juliette entre otras, conforman ese partenaire también inhumano sometido a un suplicio eterno, a quienes elevadas a la dignidad de la Cosa le recitan, no la poesía, sino la invectiva, la prosa infatigable, perpetua y violenta de los discursos de Sade.

La sublimación de Sade

En la antítesis del artista exitoso, dichoso en el amor, dinero y poder que constituye las metas elevadas de la cultura, Lacan interroga el valor sublimatorio de la obra uno de los seres más despreciados del siglo XVIII, el Marqués de Sade. Y nos dice ejerciendo una fuerte crítica a cierto enfoque freudiano de la sublimación: “Al considerar la sublimación en su forma más difundida, diría incluso la más truculenta y la más cínica que Freud se entretuvo en proponernos, a saber, la transformación de la tendencia sexual en una obra en la que cada cual, reconociendo sus propios sueños e impulsos, recompensará al artista, para darle esa satisfacción, acordándole una vida larga y feliz, y en consecuencia, dándole acceso efectivamente a la satisfacción de la tendencia involucrada desde el inicio; si tomamos la obra de Sade desde este ángulo es más bien fallida” (Lacan 1960-61, 242).

Pues sí, desde ese ángulo si tomamos la referencia a la sublimación que remata la “Conferencia 23” de Freud, para Sade ésta es más bien fallida si se piensa en el tiempo que el pobre pasó recluido en prisión o instituciones psiquiátricas, despojado de sus bienes y sus títulos de nobleza, con sólo un puñado de acólitos. Y en cuanto a su obra, si bien su éxito fue relativo en vida, siguió siendo subterráneo, marginal y confinado a las tinieblas.

Sade era, lejos de los libertinos que brotaban de su puño, hostigadamente perseguido por su suegra —un personaje de mucho poder en Francia que había hecho buenas migas con el Rey— pasó los últimos 25 años de su vida encerrado en las mazmorras de la Bastilla, Vincennes y Charenton, mientras que afuera lo esperaba el patíbulo con la cuchilla que pesaba sobre su nombre (el nombre de Sade había estado en la lista de condenados a la guillotina, demasiado para un hombre que en rigor no había cometido ningún crimen (Cf. Lacan 1962 [1963]). Ni el propio Sade pudo escapar al masoquismo originario que habita en el ser hablante.

No obstante, a pesar de haber pasado más de un tercio de su vida encerrado, la obra de Sade parece en este punto ejemplar de esa resistencia del deseo a la normalización, de la protesta ante las formas socialmente aceptadas de la actividad cultural, de la revuelta ante las identificaciones que padece el sujeto para garantizar las normas de estabilización social (Cf. Lacan 1958-59, 534-535), basta en este punto remitirlos a su “franceses un esfuerzo más si quereis ser republicanos” en el corazón de su *Filosofía en el tocador* (1795). La obra de Sade trastocó a la cultura de su tiempo, censurada, reprobada y oprimida, no dejó de hacer bullicio entre los letrados de su época. A pesar de su reclusión la referencia a lo social está absolutamente conservada en su obra y tiene la pretensión de valorizar socialmente un extravagante sistema, la ambición de fundar una sociedad utópica en los tiempos de la Revolución en que se levantaba el emblema *liberté, égalité, fraternité*. Aunque lejos de ser un objeto de valoración cultural, la obra de Sade fue más bien en su tiempo un objeto de sumo escándalo, “tenemos allí la obra más escandalosa jamás escrita” (Blanchot 1949, 15) sentencia Blanchot. Que sea la obra más escandalosa jamás escrita, como dice Lacan, merece la pena de que nos ocupemos de ella: “En 1797 apareció en Holanda *La nueva Justine o las desgracias de la virtud seguida de la historia de Juliette, su hermana*. Esta obra monumental, de cerca de 4000 páginas, que su autor había preparado a través de varias redacciones que aumentan aún más su extensión, trabajo casi sin fin, de inmediato espantó al mundo” (Blanchot 1949, 15).

Sólo alcanzó la aceptación social un siglo y medio después cuando es resucitada de su tumba en el mismo lugar donde había sido enterrada. La prosa sadiana ha sido allanada a lo largo y a lo ancho por todo una tradición filosófica francesa de mediados del siglo pasado, quienes le han rendido su propio homenaje al Marqués, no faltan las referencias de Bataille, Deleuze, Foucault, Barthes, Klossowski, Sollers, Lacan y el recién citado Blanchot, entre otros especialistas en Sade para interrogar su gesto discursivo, su gramática y la perversión como recurso textual en su obra. Como afirma Lacan: la naturaleza y los productos de la sublimación se distinguen de la valoración cultural que ulteriormente se le dará (Cf. 1958-59, 535): “Sade se presenta, por ende, en el orden de lo que llamaré la literatura experimental. La obra de arte es aquí una experiencia que, para su proceso, arranca al sujeto de sus amarras psicosociales —para no permanecer en vaguedades, diré, de toda apreciación psicosocial de la sublimación en juego” (Lacan 1959-60, 243).

Lo importante no es si la obra de Sade responde al género que se conoce como la literatura experimental, sino que lo que destaca Lacan en todo afán sublimatorio es un proceso que implica la experiencia en sí, en este caso es menos la experiencia libertina, que

la experiencia literaria que testimonia su monumental obra. Como dice Lacan, la obra de arte es aquí la experiencia que arranca al sujeto de sus amarras psicosociales. Hay en la sublimación un registro de la experimentación pulsional que navega junto al deseo. La sublimación implica cierta experiencia, cierta acción específica en términos de Freud, no alcanza con la fantasía, se experimenta en un cuerpo, y mientras se experimenta no está suspendido al reconocimiento ni a la valoración del Otro. El objeto producto de la sublimación no tiene en primer instancia valor de uso ni valor de cambio, sino valor de goce para el sujeto. Y como anticipamos, en la sublimación la pulsión no se satisface de forma *inmediata*, ni de forma desnuda, sino precisamente mediada por el deseo, que lleva más lejos la curva de la satisfacción.

La experiencia sublimatoria del arte no está al servicio de las formas socialmente aceptadas de la cultura y las identificaciones normalizantes, más bien arranca al sujeto de sus amarras psicosociales y fuera de ser una forma de la pretendida felicidad, cabalga con una pata en el placer y con otra en su más allá. De ahí la relación de la sublimación con *das Ding*, ese vacío que contornea es una forma de transgresión más allá de los límites normalmente designados al principio de placer (Cf. Lacan 1959-60, 135). En este sentido la sublimación se ejerce en un umbral que va más allá del deseo inhibido en el marco de la fantasía pero más acá del acceso a la Cosa en cuanto tal.

La sublimación, entonces, no se agota en la sobrestimación del objeto, sino en el reconocimiento del cambio de objeto como tal (Cf. Lacan 1959-60, 350), por eso a diferencia de la viscosidad de la libido que presenta el compromiso sintomático, o la fijación al objeto de la fantasía, la sublimación se juega en la transformación y proliferación del objeto en cuanto tal. En este punto se puede ver el gesto del coleccionista de las cajas de fósforos (Jacques Prévert) que Lacan trabaja en la clase VIII del *Seminario 7* (Cf. Lacan 1959-60, 141) como otra de las aristas con la que aborda la noción de sublimación. El apólogo de la colección de la caja de fósforos para ilustrar la sublimación tiene además la importancia de recaer en un acto tan nimio como indiferente para la valoración de la cultura en su conjunto, las más de las veces el objeto coleccionable solo tiene valor para el coleccionista, como dice Lacan “si es una satisfacción, al menos en este caso, es una satisfacción que no le pide nada a nadie (Lacan 1959- 60, 142). Y en la clase siguiente vuelve sobre este punto: “El breve ejemplo de la vez pasada, tomado de la psicología de la colección (...) ilustra en suma la transformación de un objeto a una cosa, la elevación súbita de la caja de fósforos a una dignidad que para nada tenía anteriormente. Pero, obviamente es una cosa que para nada es la Cosa” (Ibíd., 146).

Vemos que Lacan objeta las principales condiciones freudianas de la sublimación: lejos está de ser sublime, no importa si el cambio de objeto es un objeto sexual, lo que importa es el cambio o la transformación del objeto en cuanto tal, prescinde hasta cierto punto de la valoración cultural, puede ser un acto tan nimio como la colección de cajas de fósforos o estampitas que siempre se ordenan alrededor del vacío que deja vacante “la estampita difícil”.

No todo lo pulsional puede ser sublimado, siempre queda un resquicio de goce que no accede al campo de la sublimación, por esto más allá de los aportes que la actividad sublimatoria brinde a los lo-

gros de la cultura ésta en rigor de verdad encuentra el resorte en su malestar estructural. No se sublima de una vez y para siempre sino que el pulso de la sublimación implica un esfuerzo tan constante como el *Drang* de la pulsión, ese trabajo casi sin fin, como apunta Blanchot respecto de Sade, en el que el deseo y la letra confluyen como destino de la satisfacción pulsional.

BIBLIOGRAFÍA

- Blanchot, M. (1949) “La razón de Sade. En Lautremont y Sade. Fondo de Cultura Económica. Bs. As. 2014.
- Freud, S. (1905) “Tres ensayos de teoría sexual”. En Obras Completas. Amorrortu. Tomo VII. Bs. As. 2005.
- Freud, S. (1914) “Introducción del narcisismo”. En Obras Completas. Amorrortu. Tomo XIV. Bs. As. 2004.
- Freud, S. (1915) “Pulsiones y destinos de pulsión”. En Obras Completas. Amorrortu. Tomo XIV. Bs. As. 2004.
- Freud, S. (1917 [1916-17]) “Conferencia 23: Los caminos de la formación de síntoma” En Obras Completas. Amorrortu. Tomo XVI. Bs. As. 2007.
- Lacan, J. (1958-59) El Seminario. Libro 6: El deseo y su interpretación. Paidós. Bs. As. 2014.
- Lacan, J. (1959-60) El Seminario. Libro 7: La ética del psicoanálisis. Paidós. Bs. As. 2005.
- Lombardi, G. (2015) La libertad en psicoanálisis. Paidós. Bs. As. 2015.
- Lopez, M., Tercic, C. (2016) El deseo como destino. Letra Viva. Bs. As. 2016
- Rougemont, D. (1979) El amor y Occidente. Kairós. Barcelona. 2006.
- Sade (1791) Justine o las desventuras de la virtud. Diable erothique. Bs. As. 1982.